

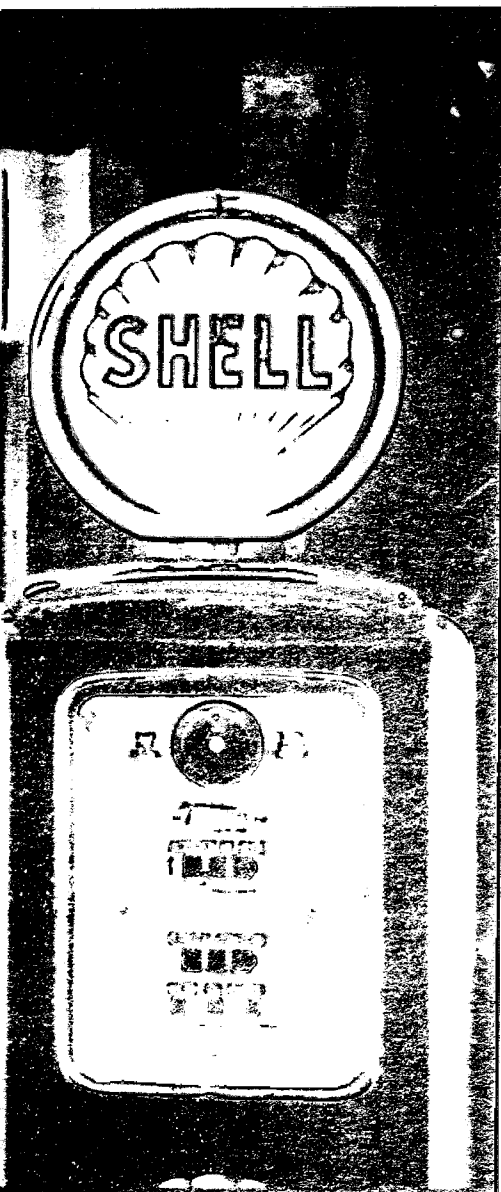
¿QUIÉN SE HA LLEVADO MI

Galería de Papel. Chacao, Caracas. Jean Herrera. 2000



¿Qué es la objetividad? ¿Cuál es su importancia para la ciencia y la sociedad? Los “nuevos paradigmas”... sobre estas materias son tan distintos a los clásicos o al sentido común, que reina un gran desconcierto, no sólo entre legos, sino también entre expertos o profesionales; incluyendo a los periodistas que conciben su labor como un ejercicio de objetividad. Pero toda esa confusión no es producto, como se ha dicho, de alguna broma pesada de científicos sociales postmodernos. Hay ilustraciones sencillas de por qué los académicos contemporáneos niegan el valor o incluso la posibilidad de alcanzar un conocimiento objetivo. Aquí se exponen varias para finalmente comentar las ideas de “reflexividad” y “transperspectividad”, que han sido propuestas como alternativas a la objetividad.

OBJETIVIDAD? Comunicadores y nuevos paradigmas



■ Levy Farías

Objetivo, va. adj. *Perteneciente o relativo al objeto en sí y no a nuestro modo de pensar o de sentir.* 2. *Desinteresado, desapasionado.* 3. *Fil. Dícese de lo que existe realmente, fuera del sujeto que lo conoce...*

Real Academia Española

Postmodernidad, giro lingüístico, paradigma emergente, teoría del caos, principio holográfico... son muchos los términos que de una u otra manera se refieren a los profundos cambios que han tenido lugar durante las últimas décadas, en torno a la filosofía de la ciencia y del conocimiento. Pero si fuese necesario resumir con una sola palabra el impacto que estos cambios han tenido sobre los legos, y sobre no pocos académicos, de seguro esa palabra sería: *desconcierto*.

En ese sentido, aunque la “objetividad” en principio era un ideal propio de los estudiosos o practicantes de la ciencia, es claro que durante el siglo pasado esta palabra extendió su alcance hasta la esfera de lo cotidiano y llegó a convertirse en uno de los cimientos del sentido común moderno. Dicho de otro modo, aunque la objetividad se considera la virtud por excelencia de los científicos, también es un rasgo que, en grados variables, se espera de muchos otros actores: árbitros, jueces, profesores, críticos, periodistas, etc. Incluso en medio de una discusión familiar o de pareja, una de las partes puede reclamarle a la otra que sea más objetiva. Con lo cual quiere decir que el otro debería hacer a un lado sus emociones, intereses o prejuicios, para así ver más claramente los hechos desnudos o, en suma, “la realidad”.

Ahora bien, sucede que desde los ambientes académicos empiezan a difundirse rumores según los cuales la “objetividad” no existe, pues todo “hecho” dependería de alguna clase de teoría o punto de vista, y la misma idea de “realidad” no sería más que un enorme espejismo, socialmente construido y compartido... Noticias que, como era de esperarse, no han sido nada fáciles de asimilar.

Consideremos, por ejemplo, un artículo de prensa que, tal como lo indica su título, “Manual urgente para reporteros de hoy”, intentaba sentar cátedra sobre estos temas. Su argumento central era asaz simple:

“Al absurdo de la no existencia de la

objetividad y la imparcialidad que se enaltece como un descubrimiento de teoría social o una invención posmoderna, hay que salirle al paso con sencillez: busquen el diccionario y encontrarán los conceptos de objetividad e imparcialidad” (Saldivia, 2003: 8).

Sin embargo, como hasta los escolares deberían saber, la sola inclusión de un término en el diccionario comprueba poco o nada. De otro modo, ya podríamos dar por resueltos los debates en cuanto a la reencarnación, los alienígenas, los milagros y la telepatía, puesto que todas esas palabras y muchas otras parecidas figuran en el diccionario. Aunque el desconcierto se hace todavía más claro, cuando hacia el final del escrito el autor insiste en la simplicidad del asunto:

“¡Qué simple! Uno de los primeros [sic.] códigos sobre el oficio, el Credo del Periodista, de Walter Williams, durante años director de la escuela de periodismo de Missouri, lo ofrecía: ‘Creo que el periodista sólo debe escribir lo que en el fondo de su corazón crea que es cierto.’” (Saldivia, 2003: 8).

Basar una defensa de la objetividad en el fondo del corazón de cada quien... Esto da pie para pensar que ni siquiera se ha consultado al diccionario con el debido esmero. Como quiera que sea, estos extractos bastan para ilustrar el desconcierto al cual me estoy refiriendo, así como el riesgo de que, inspirados por una buena intención (“simplificar” un tema), desemboquemos en un exceso (el “simplismo”).

Lo que intento hacer en las páginas que siguen, es abordar esta misma temática, bordeando el desfiladero que separa a lo simple del simplismo, pero sin rodar cuesta abajo. Es decir, voy a recurrir a los ejemplos más sencillos y elocuentes que conozco, para mostrar por qué en las ciencias sociales contemporáneas se cuestiona cada vez más a la “objetividad”. De este modo, no pretendo zanjar ningún debate, pero sí intento promover reflexiones más

serias o detenidas sobre los tremendos cambios intelectuales de nuestra época. Cambios que a su vez, exigen repensar el rol de numerosas especialidades o profesiones, entre ellas la de periodista o comunicador social.

I. LA OBJETIVIDAD CUESTIONADA

Ante todo, conviene advertir que el desprestigio de la objetividad no es algo que se haya iniciado en las ciencias sociales, o con los trabajos sobre la postmodernidad. Fue la propia física, la más "dura" de las ciencias, la que aclaró que por muy chocante que le resulte a nuestro sentido común, científicamente no tiene sentido hablar ni de "objetos", ni de cosas "sólidas", y ni siquiera de "colores". Por eso, hace ya unos setenta años, Bertrand Russell decía que los físicos "gradualmente se han ido haciendo traidores, como los hombres que al estudiar la historia de los reyes se hacen republicanos. Los físicos de nuestros días ya no creen en la materia" (1931/1975: 67).

En tiempos más recientes, e ironías aparte, Fritjof Capra expresa el punto así:

"En el nivel atómico, pues, los objetos materiales sólidos de la física clásica se disuelven en secuencias de probabilidades; y estas secuencias no representan probabilidades de cosas, sino probabilidades de interconexiones. La teoría cuántica nos obliga a ver el universo no como una colección de objetos físicos, sino más bien como una complicada telaraña de relaciones entre las diversas partes de un todo unificado"... (Capra, 1994: 92).

De manera que si se va a culpar a alguien por haberse robado la "objetividad", la ola de arrestos debería empezar por las facultades de ciencias exactas, no por las de ciencias humanas ni en los coloquios sobre la postmodernidad. Quienes deseen más pistas sobre los sospechosos, disponen de abundante bibliografía (como p. ej., LeShan y Margenau, 1996; Berman, 1990; Putnam, 1994; Martínez, 1993; Wilber, 1992). Pero no resulta oportuno tratar de resumir aquí una temática tan vasta y compleja. En lugar de ello, pasaré de una vez a las ideas y ejemplos que creo deberían formar parte, si no de la cultura general contemporánea, al menos del bagaje mínimo de todo profesional universitario.

1.1. Ser ignorante no es lo mismo que ser objetivo

Si como dice el diccionario, ser objetivo es atender a lo que está allí, fuera de

nosotros, entonces la objetividad debería ser muy fácil de lograr, porque se supone que todos podemos abrirnos a la realidad sin necesidad de ninguna clase de reflexión, estudio o entrenamiento. Bastará con abrir los ojos, o aguzar los sentidos, para que lo real se nos muestre en toda su pureza. No es casualidad que en un célebre cuento infantil sea un niño el que denuncia que el rey está desnudo, mientras los cortesanos se deshacen en alabanzas ante los supuestamente exquisitos ropajes de su majestad. Ahora bien, aprovechando que el rey está desnudo, tomémosle una radiografía para chequear su estado de salud. Si "los hechos hablan por sí solos", una vez revelada la placa, cualquiera que tenga una visión normal debería ser capaz de observar, objetivamente, si su alteza tiene alguna fractura o tumor.

Pero, como se sabe, no basta tener una visión de 20/20 para hacer diagnósticos mediante los rayos-X. Más importante es recibir un tipo de adiestramiento teórico-práctico, que tal como puede apreciarse en el Cuadro No. 1, se parece bastante a la iniciación en una secta o en un club secreto.

Por supuesto, con este ejemplo, Michael Polanyi no pretendía demostrar que la radiología fuese una disciplina "subjetiva" o poco confiable. Lo que él procuraba mostrar, con esa descripción de su propia experiencia como estudiante, es que nunca captamos hechos puros, porque nuestra comprensión del mundo depende inevitable-

mente de los lenguajes que utilizemos. Lo cual tampoco quiere decir que baste hacerse de un glosario o diccionario de radiología para quedar capacitado. Pues en todo lenguaje más o menos complejo, además del vocabulario interviene una serie de factores tácitos, o de reglas que se emplean sin llegar a expresarse de un modo explícito o formal. Son cosas que se dan por sentadas, que se hacen o se viven, sin darse una cuenta. Por eso, cabe subrayar, es que Polanyi no habla de dejar que la realidad se nos muestre tal como es, sino de perseverar inteligentemente, hasta entrar a un "nuevo mundo".

En general, la complicadísima relación entre lenguajes y realidades, fue uno de los mayores obstáculos con los que se topó la antigua filosofía de la ciencia, generalmente conocida como el "positivismo". Pues los positivistas deseaban clarificar al máximo las relaciones entre las terminologías científicas y los hechos, mediante lo que llamaban reglas "operacionales" o "de correspondencia"; pero nunca fueron capaces de compilar tales reglas, con las que aspiraban conformar una especie de lenguaje universal, inmune a cualquier clase de malentendido. De ese modo les sucedió algo muy parecido a lo que según Jonathan Swift ocurrió en Lagado, uno de los países visitados por Gulliver. Pues allí, con fines profílicos, se decidió prohibir totalmente el uso de las palabras. De modo que si usted deseaba referirse a un gato, tenía que mostrarle a su interlocutor un gato de carne y

Cuadro No. 1

Los rayos-X: ¿objetivos o subjetivos?

■ Piense en un estudiante de medicina, que asiste a un curso sobre el diagnóstico mediante rayos-X de enfermedades pulmonares. El mira en un cuarto oscurecido, rastros sombreados sobre una pantalla fluorescente colocada contra el pecho de un paciente, y escucha al radiólogo comentándole a sus asistentes, en lenguaje técnico, sobre los rasgos significativos de estas sombras. Al principio, el estudiante está completamente desconcertado. Porque él puede ver en la imagen por rayos-X de un pecho sólo las sombras del corazón y las costillas, con unas pocas manchas como de araña entre ellas. Los expertos parecen estar fabulando sobre entes ficticios; él no puede ver ninguna de las cosas de las cuales están hablando. Luego, a medida que sigue escuchando durante unas pocas semanas, mirando cuidadosamente a nuevas y nuevas imágenes de diferentes casos, le sobrevendrá una comprensión tentativa; gradualmente se olvidará de las costillas y comenzará a ver los pulmones. Y eventualmente, si persevera de un modo inteligente, un rico panorama de detalles significativos se le revelará: de variaciones fisiológicas y cambios patológicos, de cicatrices, de infecciones crónicas y signos de enfermedades agudas. Ha entrado a un nuevo mundo. Todavía ve sólo una fracción de lo que los expertos pueden ver, pero definitivamente, ahora las imágenes están cobrando sentido, así como la mayoría de los comentarios que se hacen sobre ellas. Está a punto de aprender lo que le están enseñando"...

Fuente: Polanyi, Michael (1970). *Personal knowledge*. London, Routledge & Kegan Paul, p. 101. (Original en inglés).

hueso; y así con las mesas, los barcos o las montañas. Como se comprenderá, el sistema era bastante engorroso, pero los sabios hacían el esfuerzo de cargar con grandes bolsas, llenas de los temas sobre los cuales querían “conversar”. Fue el vulgo, y en especial las mujeres, quienes amenazaron con rebelarse si no les dejaban comunicarse como siempre lo habían hecho.

En todo caso, volviendo al cuento del rey desnudo, hay que admitir que los lenguajes o las visiones especializadas no siempre resultan superiores a las del lego. Porque toda teoría o aparato conceptual ilumina o destaca ciertas cosas, al precio de dejar a otras en la penumbra o en un segundo plano; y después de años de estudiar y trabajar en el mundo de una determinada especialidad o disciplina, los expertos se acostumbran tanto a un cierto patrón de luces y de sombras, que llegan a desarrollar una especial forma de ceguera. De allí proviene la ventaja que algunos investigadores jóvenes, o personas inteligentes pero ajenas a ese campo de estudio en particular, a veces son capaces de aprovechar, sublevándose contra el paradigma establecido. Un libro titulado justamente “Paradigmas” (Barker, 1997), ofrece diversos ejemplos de este tipo de casos en el mundo de los negocios. Excepciones, en las cuales cierto grado de inexperiencia resulta ventajosa.

Pero en definitiva, lo cierto es que el sólo hecho de abrir los ojos o ponernos en alerta no nos servirá de nada, sin la ayuda de lenguajes o conocimientos que orienten nuestra atención. La fuente de esos conocimientos pueden ser teorías consagradas, o teorías radicalmente innovadoras, ése no es el quid de la cuestión. La clave se resume en una frase, atribuida a Einstein, que reza así: “La teoría nos enseña lo que podemos observar”. O si se prefiere, en este dicho popular: “El que no sabe es como el que no ve”.

1.2. El “superobservador” es una quimera

Ciertamente, en muchas situaciones de la vida cotidiana es posible distinguir diversos grados de imparcialidad o de amplitud al enfocar un determinado problema o conflicto. Esto ha llevado a importantes pensadores, como p. ej. John Rawls (1979), a fantasear con una especie de “geometría moral”, mediante la cual se podría examinar cualquier problema social pasado, presente o futuro, de un modo perfectamente abstracto, desinteresado y equitativo. Sin embargo, esas idealizaciones extremas de la razón y la imparciali-

dad pasan por alto, entre otras cosas, las dificultades lógicas o matemáticas que tendrían que afrontar a diario los cultivadores de esa mentalidad tan excelsa. Dificultades que Gerald Weinberg (1975) advirtió hace tiempo en un notable texto sobre teoría de sistemas.

Consideremos, siguiendo a Weinberg, un tipo de desacuerdo sumamente sencillo. Dos personas observan la posición de un objeto en una mesa desde distintos ángulos, tal como se muestra en la primera fila de la Figura No. 1. En ese caso, las apreciaciones de los observadores podrían contradecirse rotundamente, y sin embargo ambos tener razón, desde su particular punto de vista.

Claro, tal desacuerdo sería relativamente fácil de superar. Para ello sólo haría falta ubicarse en una posición ventajosa respecto a la de los otros observadores, y emplear una “notación” ligeramente más elaborada. Así, un tercer observador, que viese la mesa desde arriba, podría dividir la mesa en cuatro sectores o cuadrantes, debidamente numerados, tal como se muestra en la segunda fila de la Figura No. 1. Según la terminología de la Teoría

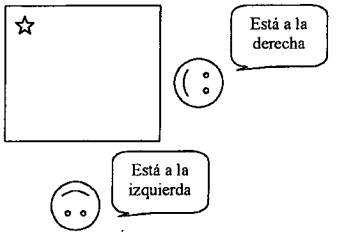
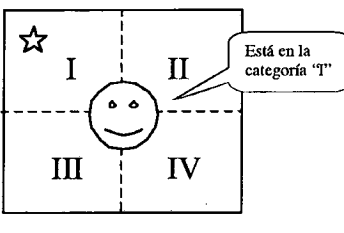
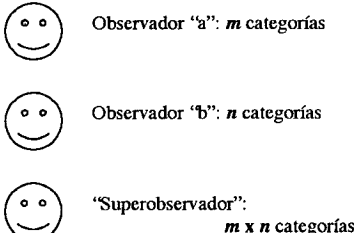
de Sistemas, este tercer personaje sería un “superobservador”, pues su punto de vista le permitiría “dominar” el de los demás observadores involucrados.

Hasta allí todo va de maravilla. Pero compliquemos la situación tan sólo un poquitín. Supongamos que los observadores “a” y “b” refinan ligeramente sus capacidades de observación. Supongamos que “a” empieza utilizar tres categorías: derecha, izquierda y centro; mientras que “b” empieza a utilizar cuatro: derecha, centro-derecha, centro-izquierda e izquierda. También en ese caso, un observador “c”, podría superar los desacuerdos o diferencias viendo las cosas, por así decirlo, desde arriba. Sin embargo, para ello ya no le bastaría dividir la superficie de la mesa en cuatro sectores o categorías, sino que necesitaría contemplar doce posibilidades. Pues en términos generales, el superobservador tendría que manejar un número de categorías igual o mayor al producto cartesiano de las categorías manejadas por “a” y por “b”, respectivamente.

Ésa es la mala noticia. Porque si “a” y “b” empiezan a aumentar sus capacidades de observación de un modo lento o

Figura No. 1

Limitaciones matemáticas del “superobservador”

	<p>Al informar en cuanto a la posición de un objeto sobre una mesa, observadores colocados en distintos lados de ésta, podrían quedar en total desacuerdo, a pesar de estar siendo ambos perfectamente sinceros o veraces.</p>
	<p>Esta clase de desacuerdos puede superarse recurriendo a lo que la Teoría de Sistemas llama un “superobservador”: alguien que gracias a una posición o marco de referencia privilegiado, sea capaz de integrar o “dominar” los puntos de vista de los demás observadores presentes.</p>
	<p>Pero hacer las veces de “superobservador” no es fácil. Pues el número de categorías que éste debe manejar no es la suma de las categorías empleadas por los demás observadores presentes, sino su producto. De modo que si las capacidades intelectuales de los demás observadores se refinan o aumentan aritméticamente, la capacidad del “superobservador” tendría que aumentar o mejorar exponencialmente.</p>

Fuente: Basado en Weinberg, Gerald (1974). *An Introduction to General Systems Thinking*. New York, Wiley, pp. 72-80.

aritmético, el “superobservador” tendrá que aumentar sus propias capacidades de un modo acelerado o exponencial; y si en vez de considerar tan sólo a dos observadores empezamos a aumentar también el número de puntos de vista a tener en cuenta, entonces las exigencias sobre el “superobservador” crecerán a un ritmo francamente vertiginoso. ¿Cuál es, entonces, la moraleja que la teoría de sistemas extrae de esta situación tan, pero tan elemental? Dejemos que sea el propio Weinberg quien la explique:

... “aunque podemos imaginar la existencia de un superobservador en situaciones simples, hay poca probabilidad de contar con uno incluso en situaciones de modesta complejidad. Podemos *discutir* situaciones simples empleando el artificio del superobservador, pero no deberíamos imaginarnos que exista un superobservador en algún sentido práctico. En especial, deberíamos resistirnos a imaginar que *nosotros* somos el superobservador, capaz de captar lo que los mortales ordinarios son incapaces de ver”... (1975; original en inglés).

Como se sabe, desde hace mucho, las realidades políticas tienden a simplificarse hablando de la “derecha”, la “izquierda”, la “centro-izquierda”, etc. Supongamos, por un instante apenas, que cinco o siete de esas categorías fuesen suficientes para categorizar adecuadamente las posturas políticas de la ciudadanía. Entonces un periodista, o cualquier otra persona que pretendiera hacer las veces de superobservador de la política de su país, lo menos que necesitaría es ser capaz de calcular potencias elevadas a los 8 ó 20 millones, para así realmente poder “dominar” el particular punto de vista de todos y cada uno de sus conciudadanos.

Eso, sin mencionar que en la práctica los actores sociales no suelen ser perfectamente sinceros o transparentes en cuanto a sus posiciones o maneras de pensar. Al contrario, suelen adoptar estrategias destinadas a confundir a sus rivales y a otros actores que pudieran fungir como árbitros o espectadores. Así, aunque el desarrollo de la aviación potenció enormemente las capacidades de observación de los estrategas militares, al mismo tiempo se desarrollaron o perfeccionaron técnicas de engaño y camuflaje: armas y escenarios que desde cerca saltaba a la vista que eran de goma o de cartón, pero que en las fotos aéreas lucían reales. Trucos que funcionaron en la Segunda Guerra Mundial, y también, a pesar de tantos avances tecnológicos, en la Primera Guerra del Golfo.

“

De modo que, cuando ante un conflicto social o político, uno o más observadores presumen de mantenerse equidistantes de los radicalismos, o por encima de toda polarización, prejuicio o fanatismo, no importa cuán nobles sean sus intenciones, esas pretensiones son ridículamente infundadas

”

De modo que, cuando ante un conflicto social o político, uno o más observadores presumen de mantenerse equidistantes de los radicalismos, o por encima de toda polarización, prejuicio o fanatismo, no importa cuán nobles sean sus intenciones, esas pretensiones son ridículamente infundadas. En cuanto a los periodistas, puede ser que si en el futuro esta profesión se deja en manos de androides, tenga sentido creer que quienes integran el gremio puedan mantenerse perfectamente neutrales, o servir como immaculados superobservadores. Pero mientras sigan siendo mortales ordinarios, harán bien en “bajarse de esa nube” y reconocer que su particular posición en la sociedad, condiciona ineludiblemente lo que pueden observar, pensar y comunicar.

1.3. El “efecto zum” no tiene límites

Según los antiguos manuales, la principal virtud del método científico consistía en que si bien éste no podía garantizarnos una certeza absoluta, a largo plazo nos permitiría ir logrando aproximaciones cada vez más cercanas y seguras a la verdad. Pero a la luz de los debates contemporáneos, no sólo resulta dudosa la existencia de un método singular o único, sino que además ha quedado muy claro que el desarrollo de la ciencia no es tan ordenado, progresivo o acumulativo como una vez se creyó. Infinidad de ejemplos muestran que en la práctica se dan nume-

rosas “revoluciones” científicas, o grandes vuelcos y revisiones de lo que se daba por cierto; y el efecto acumulativo de todas esas idas y venidas es más incertidumbre, no menos.

Ahora bien, toda esa incertidumbre no se origina comúnmente en errores de procedimiento o en defectos de los instrumentos. Esa incertidumbre surge porque la teoría, o en general, el pensamiento, no admiten reglas o límites predeterminados. En consecuencia, no importa cuán numerosos sean los “hechos” o cuán rigurosamente se les haya comprobado, en un determinado campo de estudio, porque siempre existirá el riesgo de que un detalle adicional, un nuevo concepto, o una síntesis diferente de lo que ya se sabe, pongan de cabeza lo que hasta entonces se consideraba científicamente establecido.

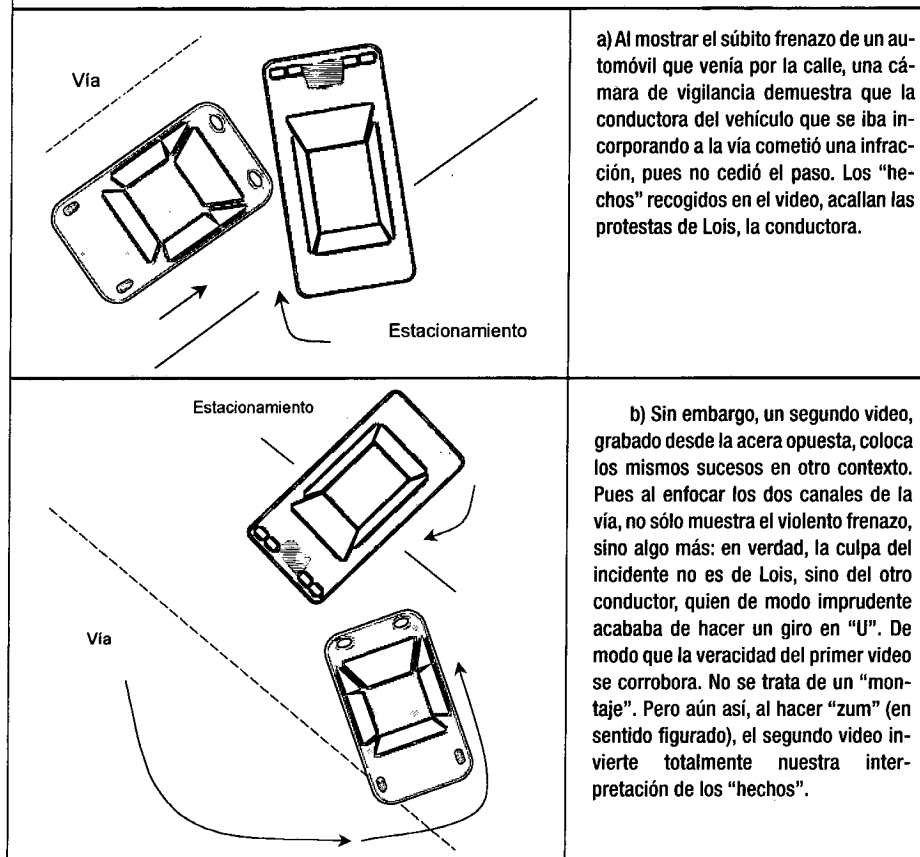
La bibliografía especializada en torno a estos temas, es demasiado extensa para intentar siquiera pasarle lista (un buen texto introductorio es el de Newton-Smith, 1987). Pero hay un término propio de la jerga fotográfica o cinematográfica, que se ha ido abriendo camino hasta los lectores o espectadores comunes, y que por ello puede servir como metáfora especialmente apropiada de lo que vengo describiendo: el efecto de *zoom* (castellanizado como “zum”), que se produce cuando manipulando un lente o teleobjetivo cambiamos sustancialmente nuestra manera de enfocar una determinada realidad.

Por ejemplo, en un hermoso libro infantil (Banyai, 1998), que se titula precisamente *Zoom*, lo que parece ser una granja, al pasar las páginas se ve más bien como los juguetes de una niña, luego se muestra como la portada de una revista, después resulta ser una escena marítima... y así sucesivamente, en una interminable cadena de redefiniciones. Todo, a medida que el artista va haciendo un *zoom out* o alejamiento progresivo, a partir de la imagen inicial. Varias propagandas televisadas, de una conocida marca de impresoras, se basaban en esa misma estrategia; pero ya que allí se empleaban efectos especiales, consideremos otra ilustración, más cotidiana o verosímil, planteada en un capítulo de la teleserie “Malcolm” (Melman, 2001).

La trama gira en torno a un incidente de tránsito: Lois, la protagonista, va saliendo con su vehículo de un estacionamiento. En eso, otro automóvil frena bruscamente, a punto de chocarla. Suponiendo que Lois no había mirado hacia la vía antes de incorporarse a la misma, un policía de tránsito la multa, por no ceder el paso. Pero ya que ella

Figura No. 2 El “efecto zum” en una situación cotidiana

En un capítulo de la serie “Malcolm” (Melman, 2001), se ilustra cómo una determinada visión de los “hechos” puede trastrocarse, sin necesidad de desmentir las evidencias iniciales. Basta con que nuevas informaciones o enfoques den pie a interpretaciones alternativas: una posibilidad que nunca puede descartarse del todo.



es una de esas personas que jamás admite haberse equivocado, ese pequeño incidente le desencadena una verdadera crisis. Sobre todo cuando el video de vigilancia de una tienda cercana muestra el súbito frenazo del otro conductor. Ante esa evidencia, Lois insiste en que ella miró y no vio venir a nadie, pero no sabe cómo explicar de dónde salió entonces ese carro que aparece en el video. Los “hechos” la condenan.

Sin embargo, a punto ya de finalizar el capítulo, aparece otro video de seguridad, de una tienda ubicada en la acera del frente. Esa segunda evidencia muestra igualmente el repentino frenazo del otro conductor, pero al cubrir también el otro canal de la vía, nos ubica en un contexto enteramente distinto: Lois tenía razón; el otro conductor venía en sentido contrario, pero de improvviso dio una vuelta en “U” y por eso es que casi ocurre un accidente. La Figura No. 2 procura esquematizar la situación, que naturalmente se desvitaliza

mucho al pasar de la pantalla a un rudimentario diagrama.

Otro aspecto sugerente de ese mismo programa de TV, tiene que ver con la diferencia entre quien se cree infalible y quien se ha acostumbrado a reconocer que podría estar equivocado. Sobre todo tomando en cuenta que los filósofos de la ciencia parecen haber experimentado ese cambio en tiempos recientes (cf. Newton-Smith, 1987: 214). Pero puntualizando, lo más instructivo de este ejemplo, es que muestra cómo el sentido de unos hechos determinados puede cambiar radicalmente, sin que los hechos en sí hayan sido cuestionados. Porque el segundo video no desmiente, falsa o refuta al primero; más bien lo confirma y enriquece, poniéndolo en otro contexto, más comprensivo o integral. No es que las evidencias iniciales hayan sido amañadas mediante recursos técnicos. Sin embargo, nuestra visión de quién es culpable y quién es inocente

se invierte por completo. Los “hechos” iniciales siguen allí, incólumes, pero nuestra interpretación de su significado cambia de modo dramático al hacer zum y ampliar los horizontes del observador.

La historia de la ciencia está repleta de vuelcos análogos. Entre ellos, uno de los más citados es el paso de la física newtoniana a la física relativista. Pues esta última no desecha, por falsa o inútil, a su predecesora. Tan sólo baja su estatus, incluyéndola como un caso especial dentro de ecuaciones más generales o poderosas. Sin embargo, en cuanto a la visión del universo que estas teorías nos ofrecen, el revolcón es tan tremendo, que ni siquiera los físicos de nuestro tiempo están seguros de haberlo asimilado plenamente. De hecho, para algunos de ellos, en vez de hablar del *universo*, deberíamos hablar del *multiverso* (Folger, 2001).

A la luz de ése y muchos otros casos semejantes, la mayor parte de los historiadores y analistas de la ciencia se han convencido de que la clave de este tipo de saber no se halla en la hipótesis o proposición aislada, como machaconamente subrayaban los viejos manuales de metodología. El eje de la ciencia se halla más bien en el paradigma o red cultural y filosófica que sirve de base y de marco a una determinada hipótesis o afirmación. Pues la misma hipótesis que para un determinado paradigma resulta falsa o absurda, puede tener perfecto sentido y ser válida de acuerdo a otro paradigma o conjunto de suposiciones y creencias. Es decir, haciendo otro zum.

Pero ya que a muy poca gente le entusiasma la historia de la física, insistamos con ejemplos más cercanos o fáciles de entender. Consideremos el papel que juega la ciencia actual sobre nuestra salud. Sin duda, en líneas generales hay mucho por qué estar agradecidos. Pero a pesar de los billones de dólares que se invierten en todo el mundo para comprobar experimental y rigurosamente la efectividad de los productos farmacéuticos, en ese terreno los efectos zum están a la orden del día.

Así, después de años comercializándose con éxito, el “propulsid” o “cisa-pride” fue retirado del mercado estadounidense por sospecharse que puede haber matado a más de 80 pacientes (ANSA, 2000). “Lariam”, una medicina para prevenir la malaria, ha resultado tener el pequeño inconveniente de aumentar el riesgo de suicidio (Fuhrmans, 2002). “Vioxx” y “Celebrex”, medicamentos efectivos para la artritis, parecen estar asociados a una mayor tasa de ataques al co-

razón (Burton y Harris, 2001). Mientras que el “Valium”, el “Prozac”, los antihistamínicos, y en general más de 500 medicamentos que causan resequeidad en la boca, pueden provocar la pérdida de los dientes, sobre todo cuando se combinan varios de ellos inadvertidamente (Parker-Pope, 2000). En lo personal, comencé a prestarle atención a este tipo de noticias después de leer, en una nota cuya referencia no conservo, que las pastillas con las cuales combatía una alergia crónica, eran sospechosas de provocar impotencia, cáncer y no recuerdo cuántos más “efectos secundarios”.

Ante este panorama, la defensa más común de las visiones reduccionistas u ortodoxas de la ciencia es apelar a los eufemismos. Los efectos que contribuyan a vender el medicamento serán los centrales; y cualquier otra reacción será, por definición, “colateral”. Al fin y al cabo, ¿quiénes somos nosotros, los simples pacientes, para poner en duda qué es principal y qué es secundario? Si los sabios doctores y las nobles corporaciones farmacéuticas garantizan que un determinado remedio alivia, por decir algo, la acidez estomacal, ése hecho, puro y simple, no puede ser cuestionado basándose en detalles tan intrascendentes como que el paciente, colateralmente, se haya muerto. La acidez, o variable independiente, fue domeñada; así se comprobó la hipótesis y punto. Todo lo demás, si somos verdaderamente objetivos, no cuenta. ¿O sí?

1.4. Objetivamente, el suicidio es irreprochable

Suena el timbre. Al atender el llamado, el Sr. Brown se topa con dos enfermeros malencarados, que muy rudamente le informan que han venido por su hígado. Aunque el Sr. Brown admite haber firmado una tarjeta que le identifica como donante de órganos, él procura explicar que eso era sólo en caso de muerte, pero los paramédicos, ignorando sus gritos y protestas, proceden a arrancarle el hígado con un cuchillo de carnicero y tijeras de jardinería. No conformes con eso, le piden a la Sra. Brown —quien ha presenciado la escena impasible— que done también su hígado, “para salvar vidas”. Pero como ella se muestra dudosa, aparece un nuevo personaje, un animador, que la lleva de paseo por el espacio sideral, mientras le va cantando una larga retháfila de hechos astronómicos:

... no olvide que se encuentra en un planeta que evoluciona y gira a 1.500 kmts. por hora, recorriendo su órbita a 30 Kmts. por

66

El equívoco surge porque nos hemos acostumbrado a entender que “objetivo” es sinónimo de neutral, equitativo o imparcial. Pero entre esos términos hay una diferencia crucial. Lo objetivo, por definición, se opone a lo subjetivo; mientras que la ecuanimidad, la justicia y las demás virtudes afines no necesitan aniquilar la subjetividad, sino tan sólo domesticarla o mantenerla bajo control

99

segundo —se calcula. Con un sol que es fuente de toda nuestra energía. El sol, usted, yo y las estrellas que podemos ver, avanzamos a millón y medio de Kmts. por día, en una espiral, a 64 mil kilómetros por hora, en la galaxia conocida como Vía Láctea. Nuestra galaxia tiene 100 billones de estrellas. Tiene 100 mil años luz de lado a lado. Se abulta al centro con 16 mil años luz de espesor, y sólo tiene 3 mil años luz de ancho. Estamos a 30 mil años luz del punto central galáctico. Damos la vuelta cada 200 millones de años, y nuestra galaxia es sólo una entre millones de billones en este asombroso universo en expansión (...) El universo se agranda y se extiende hacia todas las direcciones que están a su alcance, tan rápido como puede, a la velocidad de la luz, o sea 11 millones de Kmts. por minuto. Así que cuando se sientan pequeños e inseguros, recuerden cuán asombroso e inverosímil es su nacimiento, y rueguen porque haya vida inteligente en el espacio, porque aquí en la Tierra todo marcha mal.

Abrumada entonces por lo insignificante que es nuestra existencia, cuando contemplamos al mundo objetivamente, la Sra. Brown dice: “Sí, me convenció”, y acepta gustosa que le arranquen el hígado. Ese es el guión de una de las secciones

que conforman la película “El sentido de la vida”, de la agrupación inglesa Monty Python (Jones, 1983). Pero no sólo en las películas humorísticas el ideal de la objetividad nos conduce al absurdo. La misma idea básica puede plantearse en términos perfectamente serios y académicos.

De hecho, eso fue lo que hizo el ya citado Michael Polanyi, en su afamada obra *Personal Knowledge*. Pues desde los tiempos de Copérnico, muchos escritores nos han exhortado, una y otra vez, a dejar de lado todo sentimentalismo egoísta, para vernos objetivamente en el tiempo y en el espacio. Pero —señala Polanyi— en un largometraje que recapitulara fielmente la historia del universo, la historia de la humanidad pasaría en apenas un segundo. Por otra parte, si le concediéramos igual atención a porciones de igual masa, ello nos llevaría a inspeccionar durante apenas algunos instantes, las masas incandescentes de hidrógeno, para luego pasar el resto de la eternidad estudiando el polvo estelar:

... ni siquiera en mil millones de vidas llegaría el turno de prestarle al hombre un segundo de atención. No es necesario agregar que nadie —incluyendo a los científicos— contempla al universo de esta forma, a pesar de lo mucho que se ensalce, de la boca para afuera, a la objetividad. Ni esto debería sorprendernos. Porque, como seres humanos, inevitablemente debemos ver al universo desde un centro que reside en nosotros mismos, y hablar de él en términos de un lenguaje humano, moldeado por las exigencias de la interacción humana. Cualquier intento riguroso por eliminar nuestra perspectiva humana de nuestra imagen del mundo tiene que conducir al absurdo (1958/1978: 3; original en inglés).

Dicho de otro modo, quienquiera que intente pensar de un modo absolutamente objetivo, no sólo no podrá criticarle nada a los suicidas o a los homicidas de cualquier clase, sino que además debería arrojar al vacío desde el primer puente o balcón que consiga; pues ante las abrumadoras evidencias de que nuestros destinos personales no tienen importancia o significado alguno, la única opción lógica es aceptar que el placer y el dolor, la alegría y la tristeza, o en resumen, la vida y la muerte, no son sino espejismos, pseudo-fenómenos, o ilusiones tan tontas como lo pueden ser las hadas y los duendes. Ahora bien, se preguntarán algunos lectores: ¿pero qué hacer entonces, si la objetividad es, efectivamente, un ideal tan necio y pernicioso?

2. INTERSUBJETIVIDAD, REFLEXIVIDAD, TRANSPERSPECTIVIDAD...

A quienes compartan los argumentos o valoraciones que vengo exponiendo, muy probablemente se les plantearán ciertos problemas de vocabulario. Porque en la vida cotidiana solemos exigirle a los jueces, a los periodistas, a nuestros jefes y a veces hasta a nuestros seres queridos, que nos juzguen o evalúen “objetivamente”. Lo cual, claro está, no es una aspiración absurda. Lo que sucede es que esa acepción de la palabra resulta equívoca, aun cuando esté consagrada por el uso. “El árbitro desinteresado”, una fábula escrita por Ambrose Bierce, tal vez sea útil para aclarar el problema:

Dos Perros que habían estado peleando por un hueso, sin que ninguno pudiese aventajar al otro, refirieron su disputa a un Cordero. El Cordero pacientemente escuchó sus planteamientos, y entonces lanzó el hueso a un pozo. — “¿Por qué hiciste eso” dijeron los perros. — “Porque” respondió el Cordero, “soy vegetariano” (recogida en White & White, 1948: 140; original en inglés).

El equívoco surge porque nos hemos acostumbrado a entender que “objetivo” es sinónimo de neutral, equitativo o imparcial. Pero entre esos términos hay una diferencia crucial. Lo objetivo, por definición, se opone a lo subjetivo; mientras que la ecuanimidad, la justicia y las demás virtudes afines no necesitan aniquilar la subjetividad, sino tan sólo domesticarla o mantenerla bajo control. Más aún, todas esas virtudes requieren comprender, o al menos tomar en cuenta, los distintos componentes subjetivos de la situación.

Precisamente porque desean trascender o elevarse por encima de su propia subjetividad, los jueces, los periodistas, los supervisores o los terapeutas matrimoniales que desean ser justos, necesitan “ponerse en los zapatos del otro” constantemente, tratando de entender la perspectiva y las necesidades de cada uno de los involucrados. Un juez del todo desinteresado, que viera sus casos desde el centro de la galaxia o del universo, sólo cometería disparates, como la oveja de Bierce. No sería justo, sino inhumano. Quizás cabría decir que quien quiera ser justo debe buscar la “intersubjetividad”, más que la objetividad.

Pero también podemos hablar de la “reflexividad”, si está uno dispuesto a explorar y ventilar cómo las particularidades

de nuestras vidas condicionan o afectan a nuestro pensamiento (cf. Lamo de Espinosa, 1996, Cap. 2). Aunque esta noción es algo compleja, lo cierto es que cada vez se le presta más atención, y al menos en el terreno de las ciencias sociales, la misma está impulsando importantes cambios de actitud y de estrategia. Hoy día, por ejemplo, creer que una investigación sociológica va a resultar más “objetiva” porque se le haya redactado en “tercera persona” o en “primera persona del plural”, resulta francamente risible. Muy por el contrario, ahora se espera que los autores destaquen su “posicionalidad”, es decir, que examinen y reconozcan cómo su propio género, raza, clase social o afinidades ideológicas inciden sobre los resultados de sus investigaciones. Sobre todo en las llamadas investigaciones cualitativas, las poses de absoluta neutralidad ya no son vistas como una virtud, sino como una actitud deshonesta. En palabras de Ivonna Lincoln:

“Los textos que no son abiertos en cuanto a sus posiciones sociales y culturales (...) son específicamente interrogados y deconstruidos para determinar su situacionalidad. *El desinterés y la objetividad del autor son impedimentos para la calidad, no garantías de haberla alcanzado*” (1995: 280; la traducción y las cursivas son mías).

Otra opción, que lamentablemente suena a trabalenguas, es la “transperspectividad”. Un término acuñado por Steve Winter, y retomado por Mark Johnson, al defender la importancia de la “imaginación moral”. Se trata, explica Johnson (1993: Cap. 9), de abandonar la búsqueda de una objetividad o imparcialidad absolutas, que sólo estarían al alcance de los dioses, para cultivar más bien la capacidad de comprender empáticamente distintas maneras de construir o experimentar el mundo, y sobre la base de esa comprensión criticar o modificar gradualmente tanto nuestras propias perspectivas como las de otros. Es decir, no se trata de ningún método o fórmula específica, ni de un proceso puramente individual o racional, sino de un tipo de diálogo colectivo o transcultural que se da a lo largo de extensos períodos de tiempo, y en el que, vale la pena destacar, los elementos o esfuerzos narrativos juegan un papel muy importante.

Pero en fin, ya que en este artículo le he dado prioridad a los ejemplos, lo más natural es que concluya también con una ilustración. Una muy concreta de cómo el punto de vista de quienes investigan,

condiciona decisivamente el resultado de la investigación. En este caso, de la investigación de los bosques tropicales.

En dicha área de conocimiento, hasta hace algunos años, los investigadores trabajaban con toda la dedicación, rigor o minuciosidad que se les podría exigir, pero más que nada desde el suelo. Lo cual es perfectamente comprensible, si tomamos en cuenta que algunos de los árboles que son su tema de estudio tienen cuarenta o más metros de altura. Pero ocurrió que a medida que el *rappel* o las técnicas e instrumentos de escalada fueron progresando y popularizándose, algunos intrépidos investigadores no se conformaron con seguir recogiendo muestras desde el suelo, sino que empezaron a trepar para ver su objeto de estudio de otro modo. Así descubrieron una infinidad de plantas y animales que tienen poca o ninguna relación con el suelo, pues toda su existencia se desenvuelve en la “canopia”, una especie de plataforma generada por el modo en que las copas de los árboles se entretejen unas con otras.

Claro, no todos los investigadores del área estaban igualmente capacitados o dispuestos para “monearse” en las alturas, pero para no quedarse atrás, los demás tuvieron que encargar la construcción de andamios, globos o caminerías especiales, y en algunos casos hasta de enormes grúas de construcción, en plena selva. Los avances así logrados, han sido comparados por un experto como el equivalente a haber descubierto un nuevo continente, y su magnitud puede vislumbrarse al enterarnos de que en la copa de un sólo árbol, se registraron no diez, ni cien, sino ¡65.000 nuevas especies de escarabajo!

¿Pueden esos logros reivindicarse como el producto de una mayor objetividad? Tal vez, si uno es muy porfiado, y se formó en las viejas escuelas metodológicas, pueda de algún modo salvar las apariencias. Pero si hemos de darle crédito a una de las más destacadas investigadoras del área, Nalini Nadkarni, tendremos que reconocer que está hablando de otra cosa: “Por estos días, para hacer preguntas interesantes sobre la canopia forestal, usted tiene que ver más allá de su propio campo científico y pensar como un pájaro, una hormiga, una gota de lluvia o una hebra de musgo, puesto que todo eso está interconectado” (Citada en *Frontiers*, 1997).

¿Eso es reflexividad, transperspectividad, o pura y simple imaginación? Elija cada lector el término que prefiera. No era mi propósito aquí abogar por una terminología en particular. Lo que he tratado de

mostrar, es que los nuevos paradigmas exigen a toda persona culta repensar con cuidado las claves de la ciencia. Pues si antes se consideraba suficiente examinar minuciosamente los árboles, olvidando al bosque, la ciencia de hoy día demuestra que eso ya no basta, y que así como la canopia, puede haber muchos niveles o facetas de eso que llamamos "realidad", que no alcanzamos a notar o comprender por nuestra particular posición en el mundo. Y los profesionales, sobre todo, debemos evitar confundir la "objetividad" con la ignorancia, la presunción, la indiferencia, la pereza intelectual o la falta de imaginación.

En cuanto a los especialistas de la comunicación social... ¿habrá acaso algún gremio colocado en mejor posición para contrarrestar la pseudo-objetividad? ¿habrá profesionales más capacitados para narrar, desde múltiples perspectivas, lo que sucede? ¿habrá alguien más obligado, por su título, a promover la comprensión mutua entre los distintos actores o sectores de una sociedad?

■ **Levy Farías**

Doctor en Ciencias Sociales
Jefe de la Cátedra de Metodología
Escuela de Estudios Políticos, UCV.

Referencias

ANSA (2000, marzo 25). "El Propulsid será retirado del mercado en EEUU por considerarlo nocivo". *El Nacional*, C-5.

Banyai, Istvan (1998). *Zoom*. México, Fondo de Cultura Económica.

Barker, Joel Arthur (1997). *Paradigmas*, (El negocio de descubrir el futuro). Bogotá, McGraw-Hill.

Berman, Morris (1990). *El reencantamiento del mundo*. Santiago, Cuatro Vientos.

Burton, Tom y Gardiner Harris (2001, agosto 22). "Una ironía médica: ¿curarse de artritis para morir del corazón?" [*The Wall Street Journal Americas*], en *El Nacional*, F-4.

Capra, Fritjof (1994). "Física moderna y misticismo oriental", en Walsh, R. y F. Vaughan (Comps). *Más allá del ego*, (Textos de psicología transpersonal). Barcelona, Kairós.

Folger, Tim (2001, octubre). "Muchas vidas... muchos universos". *Discover en español*. Vol. 5, No. 10, pp. 25-31.

Fuhrmans, Vanessa (2002, septiembre 4). "Riesgo de suicidio con fármaco antimalaria, dice fabricante". [*The Wall Street Journal Americas*], en *El Nacional*, F-4.

Johnson, Mark (1993). *Moral Imagination*, (Implications of Cognitive Science for Ethics). Chicago, The University of Chicago Press.

Jones, Terry (Dir.), (1983). *El sentido de la vida*. [Largometraje]. The Monty Python's Partnership, Celantine Films, Inglaterra.

LeShan, Lawrence, y Henry Margenau (1996). *El espacio de Einstein y el cielo de Van Gogh*, (Un paso más allá de la realidad física). Barcelona, Gedisa.

Lincoln, Ivonna S. (1995). "Emerging Criteria for Quality in Qualitative and Interpretive Research". *Qualitative Inquiry*, September, Vol. 1, No. 3, pp. 275-289.

Martínez Miguélez, Miguel (1993). *El paradigma emergente*, (Hacia una nueva teoría de la racionalidad científica. Barcelona, Gedisa.

Melman, Jeff (dir.), (2001). "Infracción" [*Traffic Ticket*]. Capítulo 218 de *Malcolm in the Middle*. Fox Broadcasting Company. Libro de Larry Strawther. Primera emisión: 18 de febrero de 2001.

Newton-Smith, W. H. (1987). *La racionalidad de la ciencia*. Barcelona, Paidós.

Parker-Pope, Tara (2000, marzo 15). "Cuidado con ese remedio: podría matar sus dientes". [*The Wall Street Journal Americas*], en *El Nacional*, E-5.

Putnam, Hilary (1994). *Las mil caras del realismo*. Barcelona, Paidós.

Rawls, John (1979). *Teoría de la justicia*. México, Fondo de Cultura Económica.

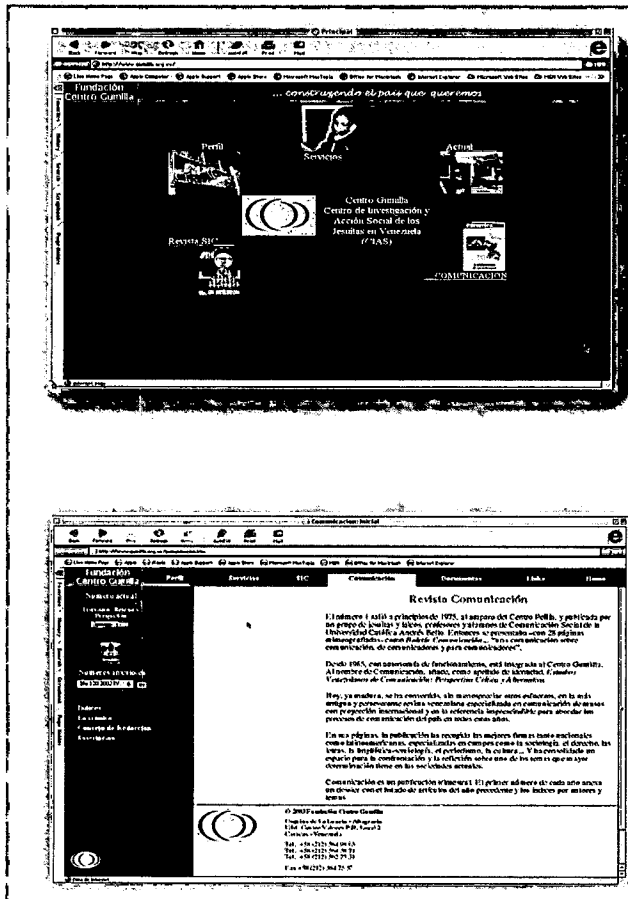
Russell, Bertrand (1931/1975). *La perspectiva científica*. Barcelona, Ariel.

Saldivia, Felipe (2003, febrero 4). "Manual urgente para reporteros de hoy". *Tal Cual*, Especial, pág. 8.

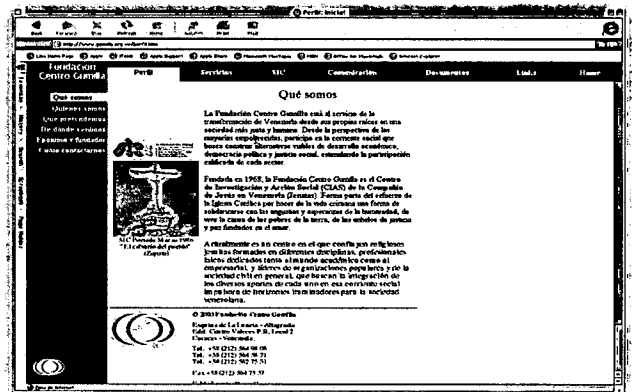
Weinberg, Gerald M. (1975). *An Introduction to General Systems Thinking*. New York, John Wiley & Sons.

White, E. B. & K. S. White (Eds.), (1948). *A Subtreasury of American Humor*. New York, The Modern Library.

Wilber, Ken (Ed.), (1992). *El paradigma holográfico*, (Una exploración en las fronteras de la ciencia). Barcelona, Kairós.



Visite nuestra página en internet
www.gumilla.org.ve



Buzones correo electrónico

REDACCION SIC/ sic@gumilla.org.ve

REDACCION COMUNICACION/ comunicacion@gumilla.org.ve

UNIDAD DE DOCUMENTACIÓN/ documentacion@gumilla.org.ve

ADMINISTRACION/ administracion@gumilla.org.ve